



LA CONVERSIÓN DE AURELIANO MC. GOGGIN

Cabalga sin espuelas y sin látigo,
pero piensa que al fin llegará el día
en que el potro, rebelde, necesite
el aguzado hierro, que castiga,
el látigo que azota, la cadena
barbada, que sujeta y martiriza.

(La Carrera de la vida.)

ESTO, en realidad, no es un cuento, sino un opúsculo religioso que me enorgullece mucho. Escribirlo es una hazaña.

Todos los hombres tienen derecho á sus-
tentar sus opiniones religiosas, pero ninguno,
y menos que nadie un joven, le tiene á ha-
cérseles tragar á los demás.

El Gobierno envía constantemente á la In-
dia á hombres civiles muy extraños; pero
Mc. Goggin era el sér más original que había
exportado hacía mucho tiempo.

Inteligente, muy inteligente, pero estroviado; en vez de dedicarse al estudio de las cosas de su patria, había leído algunos libros escritos por un hombre llamado Comte, si no me engaño; por otro apellidado Spencer, y por el profesor Clifford. (Estos libros los encontrará usted en la Biblioteca).

Las tales obras se ocupan mucho del interior del cuerpo humano, desde el punto de vista de unos hombres que, por su parte, carecen de estómago. Su lectura no está prohibida, pero la madre de Aureliano debía haberle dado algún azote para que no las leyera.

Aquellos libros fermentaron en la cabeza de Mc. Goggin y vino á la India con unas ideas religiosas que no le hacían falta para su trabajo.

No constituían una creencia: únicamente *probaban* que los hombres no tenían alma; que ni había Dios ni vida futura y que debíamos fastidiarnos grandemente sólo por el bien de la humanidad.

Uno de sus más modestos dogmas era que es aún más pecaminoso que dar una orden, cumplirla. Á lo menos esto era lo que Aure-

liano creía, aun cuando sospecho que había leído mal su cartilla.

No combato tales creencias. Estaban hechas para una ciudad donde no hay más que máquinas, asfalto y edificios, todo aprisionado por la niebla y, naturalmente, allí el hombre acaba por creer que no hay nada más grande que él, y que la Junta de Obras de la ciudad lo hace todo. Pero en este país (1), donde se ve á la humanidad—sencilla, atezada, desnuda, humanidad—sin que se interponga nada entre ella y un cielo deslumbrador; teniendo únicamente bajo los pies una tierra agotada y excesivamente trabajada, esa concepción se extingue y la mayor parte de la gente se vuelve hacia teorías mucho más sencillas.

La vida en la India no es lo bastante larga para malgastarla en probar que aquí no hay nadie particularmente colocado á la cabeza de los negocios; pero es así, y he aquí la razón: El Diputado, está sobre el Asistente; el Comisionado, sobre el Diputado; el Teniente gobernador, sobre el Comisionado, y el Virrey, sobre los cuatro, aun cuando bajo las órdenes

(1) La India.—(N. del T.)

del Ministro, que es responsable ante la Emperatriz. Si ésta, á su vez, no lo es ante el Creador, ó no hay Creador que pueda exigir la responsabilidad, todo el sistema de nuestra administración tiene que estar equivocado, cosa á todas luces imposible.

En Inglaterra los hombres pueden tener disculpa, porque están como ganado en establo y su alimento intelectual es excesivo y excitante.

Cuando á un caballo, engordado con habanosa, se le da picadero, cubre hasta tal punto de espuma el bocado, que no deja ver el hierro; pero el hierro existe.

En la India los hombres alimentados intelectualmente con productos excitantes, no sirven: aquí el clima y el trabajo no permiten que se hagan grandes cosas con palabras.

Si Mc. Goggin se hubiera reservado para su propio deleite, todas sus creencias de denominaciones aparatosas y de acabados en *ismo*, nadie se hubiera ocupado en ello; pero descendía de predicadores y el afán de predicar le arrastraba, incitando á todos en el Círculo á pensar como él que no tenían alma y ayudarle á eliminar al Creador.

Cuando muchos le contestaban que *él* indudablemente no la tenía, porque aun era muy muchacho, pero de esto, no podía deducirse que sus mayores estuviesen también poco desarrollados, y que en cuanto á si había otro mundo ó no, les dejara leer tranquilamente sus periódicos en este, Mc. Goggin replicaba siempre:

—No es esa la cuestión, no es esa la cuestión.

Y acababan tirándole á la cabeza los almohadones de los sofás y diciéndole que se fuera al sitio en que creyera.

Como aseguraba que descendía de una familia de las edades pre-históricas, llamada *Blastoderm*, y nacida no sabía dónde, pusieronle por apodo Blastoderm, y con insultos y burlas trataron de hacerle enmudecer, ya porque les aburría soberanamente, ya porque constituía una ofensa para las personas respetables.

El Diputado comisionado, que se hallaba trabajando en la frontera mientras Aureliano daba vueltas en su mullida cama, le dijo, cuando le vió, que para ser un muchacho inteligente se conducía como un idiota. Pero si

hubiera seguido en sus *trabajos*, tal vez en pocos años habría pescado una Secretaria. Era precisamente el tipo más apropiado para eso: todo cabeza, poco físico y muchas teorías.

Nadie tenía interés en averiguar nada referente al alma de Mc. Goggin; les era igual que tuviera una, dos, muchas ó ninguna, y únicamente le recordaban que su obligación era cumplir las órdenes que le dieran, arreglar los legajos y no fastidiar al Casino.

Trabajaba de un modo brillante; pero no podía recibir una orden sin tratar de mejorarla: efecto fatal de sus creencias, que exigen á los hombres excesivas responsabilidades y fian demasiadas cosas al propio honor.

Algunas veces se puede manejar á un caballo viejo con un cabezón de pesebre; pero á un potro, jamás.

Mc. Goggin trabajó, sin necesidad, más que todos aquel año. Se imaginaba tal vez que un dictamen de 20 páginas, para un caso en que sólo se ventilaban 50 rupias (1), y en

(1) La rupia de plata en el Indostán vale 1,65 pesetas.—(N. del T.)

que ambas partes juraban en falso á grito herido, era provechoso al progreso de la humanidad.

En suma, trabajaba demasiado; y además de lo que se fatigaba y consumía con las reprensiones de que era objeto, daba conferencias públicas, después de las horas de oficina, acerca de sus ridículas ideas, hasta que el médico le indicó que no podía soportar tanta fatiga.

Nadie puede en el mes de Junio con un trabajo que represente el valor de 18 annas (1), pero Mc. Goggin seguía siendo intelectualmente un hombre alimentado con excitantes, y orgulloso de sí mismo y de sus fuerzas, no hizo caso de la observación y siguió trabajando tenazmente nueve horas diarias.

—Está bien—le decía el doctor.—Usted reventará; carga usted la máquina más de lo que su resistencia permite.

Mc. Goggin era poquita cosa.

Un día el colapso llegó, y en condiciones tan dramáticas como pudiera desearse para embellecer una narración religiosa.

(1) Moneda de cobre que vale 10 céntos.—(N. del T.)

Fué en la época en que debían comenzar las lluvias.

Muchos estábamos sentados en la galería, asfixiados por un aire calurosísimo, mortal, que apenas permitía respirar; jadeantes y pidiendo al cielo que las ansiadas nubes de azul obscuro, llegasen para refrescar la atmósfera.

Lejos, muy lejos se alzó un débil murmullo, producido por el crujir de las lluvias, desencadenándose sobre el río. Uno de nosotros, al sentir aquel ruido, se levantó de su asiento, avanzó, se puso á escuchar atentamente y dijo, de un modo perfectamente natural:

—¡Gracias á Dios!

Blastoderm se volvió hacia él, y gruñó:

—¡Bah! Puedo asegurar á usted que esto no es más que el resultado de cosas puramente naturales; un sencillo fenómeno atmosférico. ¿Por qué, pues, dar las gracias á un sér que no existe ni existió jamás; que es únicamente una ficción?

—Blastoderm—refunfuñó uno que estaba sentado junto á Mc. Goggin—límpiame el sudor y dame *El Pioneer*. Ya estamos enterados de tus ficciones.

Blastoderm se levantó, se dirigió á la mesa, cogió un periódico, dió de pronto un salto como si hubiera sentido una tremenda picadura y le entregó el diario.

—Como iba diciendo—murmuró acercándose lentamente y con visible esfuerzo—eso es debido á causas perfectamente... naturales... á causas... perfectamente... naturales... Quiero decir...

—¡Eh, Blastoderm, que me has dado *El Mercantile Advertiser*, de Calcuta!

El polvo comenzó á levantarse formando remolinos; las copas de los árboles se agitaron y las aves de rapiña comenzaron á lanzar agudos graznidos; pero ninguno de nosotros se fijó en aquel espectáculo. Todos contemplábamos con asombro á Blastoderm, que se había levantado de su silla y pugnaba por hablar.

Al fin dijo, cada vez con mayor lentitud:

—Perfectamente explicable... diccionario... roble rojo... Dependencia... causas... sostenidas... un volante... sólo... que...

—Está borracho—dijo uno.

No, no estaba borracho; nos miraba como si se hallara deslumbrado, y comenzó á hacer

señas con las manos, que se agitaban entre la media luz en que nos habían sumido las nubes amontonadas sobre nuestras cabezas. De pronto dió un grito:

—¿Qué es esto?... No puedo... retener... alcanzar... la plaza... ¡qué obscuridad!

Sus palabras parecía que se negaban á brotar, y á la vez que el rayo, partido en lenguas de fuego, rasgaba en trozos el firmamento, y el agua caía semejando inmensas sábanas que temblaban, Blastoderm se quedó completamente mudo.

Puesto de pie pataleaba y se mordía los labios como un caballo fogoso bien sujeto tasca el freno, á la vez que en sus ojos se retrataba el más profundo terror.

Antes de tres minutos acudió el médico, que, después de enterarse de lo ocurrido, dijo:

—Es un ataque de aphasía. Llévadle á su cuarto. ¡Ya sabía yo que la catástrofe vendría!

Horadando las copas de agua que caían le condujimos á su habitación, y el médico le administró una dosis de bromuro de potasio para que durmiera.

Después volvió á reunirse con nosotros y nos dijo que aquella aphasía era algo así como

todas las reliquias del Punjab-Head (1) apareciendo de pronto en cantidad enorme, puesto que solamente una vez —se trataba de un cipayo— se había encontrado con un caso tan definido como aquel.

Yo mismo he visto un ataque leve de aphasía en un hombre agobiado por el trabajo, pero aquella súbita mudez era muy rara, aun cuando producida por causas perfectamente naturales, como hubiera podido decir el mismo Mc. Goggin.

—Después de esto necesitará una licencia—añadió el doctor—porque no podrá hacer nada lo menos en tres meses. No se trata de un caso de locura, ni de nada parecido á eso, sino únicamente de una completa pérdida de la palabra y de la memoria. Me figuro que con esto se quedará *tranquilo* Blastoderm.

Dos días después Mc. Goggin recobró el uso de la palabra, y su primera pregunta fué:

—¿Qué es lo que he tenido?

El médico se lo explicó.

—No puedo comprenderlo—dijo.—Estoy completamente sano y, sin embargo, parece

(1) Comarca india.—(N. del T.)

que mi inteligencia se me escapa. ¿Y mi memoria?

—Váyase usted á las montañas por tres meses y no piense en esto—replicó el doctor.

—Pero no puedo comprenderlo—repitió Blastoderm.—¿Y mi inteligencia, y mi memoria?

—No puedo ayudarle á usted á hallar la explicación. Hay muchas cosas en el mundo que no le es á usted posible comprender, y durante el tiempo que necesite de mis servicios conocerá perfectamente cuánto puede el hombre atreverse á decir que conoce en la Tierra.

El golpe acobardó á Aureliano: no se lo explicaba.

Marchó á las montañas, aterrado, temblando, preguntándose á cada paso si le sería posible llegar al fin de cualquiera frase que pensaba ó pronunciaba.

Esto le proporcionó un saludable sentimiento de desconfianza.

La legítima explicación que se dió á sí mismo no pudo satisfacerle.

Algo había borrado las palabras de sus labios, como una madre limpia la leche de los

labios de su pequeñuelo, y pensando en ello se aterraba horriblemente.

Gracias á esto, el Círculo había descansado, cuando volvió.

Y ahora, si alguna vez, por casualidad, se tropieza usted con él en el instante en que trate de determinar el principio que rige las cosas humanas, las cuales parece que no conoce tanto como creía conocer las divinas, póngase usted, por un momento, el dedo índice sobre los labios y espere á ver lo que ocurre.

No me censure usted si Blastoderm le tira un vaso á la cabeza.

